

POSIBLEMENTE USUAIA

Juan Luis Mira

*Dedicado a quienes compartieron la
historia real que hizo posible este texto.*

"Hay vida antes de la muerte."

Graffiti anónimo.

ABRIL

Dormitorio de un apartamento con ventanales por donde asoma el mar.

ANA, cuarenta y tantos años, en silla de ruedas.

CELSO, un poco mayor que ANA, arrastra la silla hasta colocarla muy cerca de la cama. A la entrada de la habitación, cajas y varias maletas sin deshacer.

ANA: Aquí está bien.

CELSO: ¿No prefieres que te acerque más a la ventana?

ANA: No. Ya te puedes ir, de verdad, anda.

CELSO: Quince minutos.

Empieza a vaciar una de las maletas y va ordenando su contenido en diferentes cajones del armario empotrado.

Hoy hay un poco de bruma, pero en los días claros se ve hasta Usuaia.

ANA: ¿Usuaia? Déjalo, por favor, puedo hacerlo yo.

CELSO: Solo la más pesada. El islote.

ANA: Es mayormente ropa de abrigo.

Pausa.

No sé si me dará tiempo a utilizarla.

Pausa.

CELSO: Lo llamamos así. Usuaia. Cosas nuestras.
ANA: Cosas vuestras.
CELSO: Bueno, no se me ocurrió a mí. Ya sabes que yo...
ANA: ¿Y cómo se llama de verdad?
CELSO: No creo que tenga ni nombre. Ahora Usuaia. Hasta hace poco vivía allí un viejo pescador, eso dicen. No llega a medio kilómetro cuadrado, pero ahí está, con su pequeña loma y sus gaviotas.
ANA: Usuaia no es una isla, que yo sepa.
CELSO: Ya. Hasta ahí llego. Eso no cambia nada.
ANA: Y no me has traído aquí para que me ponga a cambiar vuestras historias.

Pausa.

CELSO: ¿No estarías mejor más cerca de...?
ANA: Se me había olvidado lo pesado que eres, por Dios. Está bien así, de veras; además, tendría que levantarme y cuando fuerzo más de la cuenta veo las estrellas.
CELSO: Hasta que te acostumbres.
ANA: No quiero que se me pongan brazos de culturista, lo que faltaba.
CELSO: Si quieres te ayudo.
ANA: Que noooooo. Por hoy me sirve oler el mar. Y mañana, cuando se levante la bruma esa que dices, ya veremos.
Igual hasta dejo que me subas en volandas como hacías antes...
CELSO: Te subía en
ANA: En volandas.
CELSO: Hecho. Te subiré... como te apetezca, ¡todavía guardas esta falda!
ANA: No es tan vieja.
CELSO: Te la regalé por Navidad hace

ANA: Se ha vuelto a poner de moda.

Pausa.

CELSO: Es bonita. ¿No?

ANA: A veces hasta acertabas. Tu corbata.

CELSO: Ya sabes que me gusta ir con corbata a la oficina.
¿Te gusta?

ANA: Sí. No te pega.

CELSO: Un regalo también.

ANA: Ya decía yo... demasiado bonita para que te la
hubieras comprado tú.

CELSO: Mala.

ANA: Mala no, jodida.

Pausa.

CELSO: No es que te vea muy contenta.

ANA: No puedo estarlo.

CELSO: Ya, claro, me refería a que estés aquí.

ANA: Si fuera por mí no hace falta que te repita que
nunca habría venido.

CELSO: ¿No te gusta tu habitación?

ANA: Bueno, sí. Tal como me la describiste.

Pausa.

Sigues sin darte por vencido nunca...

CELSO: Esta vez me ha costado más de la cuenta.

ANA: Pensé que te habías vuelto loco. Nunca pude
imaginarme que se te ocurriera una cosa así.

CELSO: ¿No hubieras hecho tú lo mismo?

ANA: No.

CELSO: Solo he tardado cerca de dos meses en convencerte.

ANA: Cuarenta y siete días.

CELSO: Los has contado.

ANA: El día que te presentaste en casa, así, de sopetón, fue algo tan increíble como cuando me dieron el primer diagnóstico. Uno de esos momentos en que si te pinchas con una aguja ni te enteras y no haces más que preguntarte: ¿Me está pasando esto a mí o solo es un sueño?

Suena un timbre.

ANA se levanta.

Entran los dos en un espacio imaginario, fuera de la habitación.

Se están mirando, como quienes hace mucho tiempo que no lo hacen.

CELSO: Hola.

ANA: Hola.

Pausa.

Has engordado.

CELSO: Sí.

ANA: La buena vida.

Pausa.

CELSO: Estás...

ANA: ¿Cómo?

Pausa.

CELSO: No sé... pensaba encontrarte...

ANA: ¿Peor todavía?

Pausa.

CELSO: Sí.
ANA: Menos mal. Creía que me ibas a decir incluso que me encontrabas guapa...
CELSO: No estás mal.
ANA: Mentir no es lo tuyo.
CELSO: No tienes mal aspecto.
ANA: Se me cae el pelo, me cuesta dormir y así es imposible que desaparezcan la ojeras, cada día me duelen más las piernas... pero lo peor, lo que más me duele, va por dentro...
CELSO: Lo siento...
ANA: Eso sí que me lo creo, pero no sirve de nada. Ya no.

Pausa.

Yo sí que te veo bien.

CELSO: Más gordito.
ANA: La curva de la felicidad.
CELSO: Pues soy yo quien cocina.
ANA: ¿Has aprendido?
CELSO: Qué remedio.
ANA: Lo que hace el amor.

Pausa.

¿El trabajo?

CELSO: Bueno. Bien. Ya sabes.
ANA: ¿Siguen habiendo esas colas que decían los periódicos?
CELSO: Eso se acabó, menos mal. No dábamos abasto. Para algo tiene que haber servido esta puñetera crisis.
¿Y tú, has pensado en
ANA: ¿Volver? Si me lo propusiera igual aguantaba algún

mes más. Me dijo el médico que a lo mejor me sentaba bien incorporarme hasta que el cuerpo dijera basta, pero no me imagino a mis niños viéndome así, sufriría por ellos.

Pausa.

No tenías que venir, con llamarme por teléfono hubiera sido suficiente...

CELSO: Es que no he venido por venir...

ANA: ¿No?

CELSO: No.

ANA: Vaya, entonces ¿has venido a despedirte? Como la última vez, pero ahora porque la que se va a ir soy yo.

CELSO: Bueno, me han dicho que si

ANA: Te han dicho mal. Lo que me proponen los médicos no me interesa.

¿Entonces? ¿Si no has venido a decirme adiós, a qué has venido?

CELSO la mira e inspira como quien tiene algo muy importante que decir.

ANA vuelve a su silla.

Él vuelve también al lugar que ocupaba en la habitación.

ANA: Uno de esos momentos en que si te pinchas con una aguja ni te enteras y no haces más que preguntarte: ¿Me está pasando esto a mí o solo es un sueño?

CELSO: Una pesadilla.

ANA: Lo otro fue una pesadilla; lo tuyo, una aparición. Un fantasma del pasado, de repente, cara a cara.

CELSO: Siempre he estado pendiente de ti.

ANA: Pues no se ha notado mucho.

CELSO: Me daba no sé qué llamarte.
ANA: El 3 de diciembre y el 3 de marzo. Un trimestre entre una cosa y otra. Y yo que creía que el tres era mi número de la suerte.
CELSO: No deja de ser una casualidad.
ANA: Mi vida está llena de putas casualidades.
CELSO: Todo lo que me digas tiene sentido. Antes eras un desastre para acordarte de una sola fecha. Hasta la de tu cumpleaños tenía que recordarte.
ANA: Desde hace meses el calendario me cuenta a mí, no al revés.
CELSO: Fue enterarme y tenerlo todo muy claro. Sabía que no iba a ser fácil, no se me ha olvidado lo orgullosa que eres, pero ha merecido la pena. Y aquí estás. Conmigo.
ANA: Contigo no, con vosotros.
CELSO: Donde caben dos, caben tres.

Pausa.

Otra vez el numerito.

ANA: ¿Se lo consultaste al menos...?
CELSO: No hizo falta. Este jersey, qué suave.
ANA: Y si no hubiera aceptado o
CELSO: Lo hubiera hecho igual. Huele a
ANA: Lavanda. ¿Hubieras sido capaz de romper por traerme aquí?
CELSO: No se me pasó por la cabeza que me dijera que no.
ANA: Pero por si acaso ni se lo consultaste.
CELSO: Por si acaso.

Pausa.

ANA: Pues tú lo has querido: ya os arrepentiréis.
CELSO: Con que no te arrepientas tú es suficiente.

ANA: Gasto un humor de perros que no veas.
CELSO: Estoy vacunado contra eso: son muchos años ya de aguantar a mi jefe.
ANA: ¿Sigues con el mismo?
CELSO: Se jubila al año que viene.
ANA: Por fin ascenderás.
CELSO: A buenas horas.
ANA: Y acuérdate del pacto.
CELSO: Me acuerdo.
ANA: No me falles.

Pausa.

Y ni se te ocurra volver a planteármelo. Ha sido una decisión mía. Y nunca he tenido nada tan claro, así que nadie va a hacerme cambiar de idea. Ni mi madre, ni el doctor, ni tú... Nadie. Es cosa mía. ¿Entendido? Mira lo que te digo: si se te ocurre solamente mencionar de pasada el tema salgo de aquí pitando...

CELSO: Mujer, tanto como pitando..., como no te pongas un motorcito de esos ahí atrás...
ANA: Te metes los chistes por el culo.
CELSO: Vale.

Pausa.

ANA: Perdona.
CELSO: Tranquila.
Oído cocina. Un mes. Y hablamos entonces. Si te parece, te quedas y si no... pues... te vuelves a tu casa. Y de lo otro, punto en boca.
ANA: Eso. O me vuelvo a casa. Un mes. Si llego.
CELSO: Dentro de un año brindaremos con champán. Esa fecha te la volveré a recordar yo.

ANA: Tu optimismo me agota.

CELSO: Hay cosas que no cambian. Y lo siento.

Pausa.

Cuando te dé un ataque de mala leche, cierra los ojos y escucha.

Pausa. CELSO cierra los ojos unos segundos y ANA lo imita. CELSO los abre y observa que ella los mantiene cerrados.

Te he dicho solo cuando te encuentres mal.

ANA: Últimamente ese es mi estado natural.

Pausa.

No oigo nada.

CELSO: De eso se trata. El silencio del mar.

ANA: *(Abre los ojos.)* ¿Me estás hablando del silencio del mar? ¿Tú? ¿Primero la bruma, después el silencio? ¿Tú? Que lo más poético que te ha pasado en la vida es tu alergia al polen? ¿Se puede saber qué te ha pasado durante estos años?

CELSO: Una sacudida eléctrica.

ANA: Ya. No hace falta que me organices la ropa, lo puedo hacer yo.

CELSO: La costumbre.

ANA: ¿Una sacudida?

CELSO: Cuando los altavoces del salón revienten la notarás tú. Le gusta poner su música a toda pastilla cuando ensaya. Aquí pasamos de un extremo al otro. Del silencio más increíble al ruido más ensordecedor.

ANA: Si es buena música...

CELSO: Bueno. Es su música. Lo que le piden. De todo un

poco. Desde Vivaldi a... regueatón.

ANA: ¿Qué?

CELSO: Bueno, no es exactamente regueatón.

ANA: Menos mal.

CELSO: Es cubatón, una versión del regueatón. En Cuba son así, lo tienen que reinventar todo.

ANA: Qué horror. Me lo temía. Encaja en su perfil. A esa edad qué se puede esperar.

CELSO: Cumple veintisiete este verano.

ANA: Cuando yo cumplí veintisiete ya llevábamos tres años de casados.

CELSO: Los mismos que llevamos nosotros.

ANA: Tres. Otra puta casualidad.

CELSO: Sí.

ANA: Al menos sé que no me voy a aburrir.

Pausa.

CELSO: No tardarás en aceptar que ha sido lo mejor venir aquí...

ANA: ¿Lo mejor para quién? Para mí puede ser, pero

CELSO: Para todos. Mucho mejor que te quedaras en tu casa.

ANA: Que sigue siendo la tuya también.

CELSO: Oficialmente no.

ANA: Los dos la pagamos.

CELSO: Tú te la quedaste. Es tuya.

ANA: Pues vale, tú la dejaste: es mía.

CELSO: La pondremos en venta.

ANA: Por intentarlo que no sea.

CELSO: Es un buen piso.

ANA: Como tantos otros pisos que no se venden. Ya nadie compra pisos, eso pasó a la historia. Y menos en el centro. Deja eso ya, anda. En todo caso se vienen aquí, frente a ese peñasco flotante que solo se ve cuando quiere la bruma. Y si lo vendemos

¿qué vas a hacer con el dinero?

CELSO: ¿Que qué voy a hacer con tu dinero...?

ANA: A mí no me va a dar tiempo a gastármelo.

CELSO: Ya verás cómo sí.

Pausa.

ANA: Vas a llegar tarde.

CELSO: He avisado. Tengo un par de minutos todavía. Cuando vuelva termino de deshacer las otras maletas.

¿Y esta cazadora tan moderna?

ANA: Está sin estrenar. No me atreví a ponérmela, así que la puedes vender o regalar si quieres. No creo que me la ponga ya. En casa han quedado un par de cosas más. ¡Los cedés!

CELSO: Los cedés están en esa caja de ahí. Y también he traído algunos libros, no todos. Tienes demasiados.

ANA: Nunca se tienen demasiados libros. Sobre todo ahora, que lo único que puedo hacer es leer, y eso que cada día me apetece menos.

CELSO: He encargado un par de estantes.

ANA: Estás en todo. Como siempre.

CELSO: Qué va. El tiempo hace estragos.

ANA: A algunos más que otros.

CELSO: Lo tuyo ha sido mala pata. Vaya. Perdona.

ANA: Tú y tus chistes sin gracia.

CELSO: No pretendía

ANA: Déjalo. Esta vez hasta me has hecho sonreír. Mala pata. A pesar de todo, siempre me encantó tu peculiar sentido del humor. Era lo que más me gustaba de ti.

CELSO: Gracias.

ANA: Bueno, miento. Lo que más me gustaba de ti era tu polla.

CELSO: ¿Qué?

ANA: Lo que oyes. No te pongas rojo. Sí, tu polla.

CELSO: Pues yo que siempre pensaba que a ti mi... que, vamos, tampoco te volvía loca...

ANA: Disimulaba muy bien. Ya no estoy para disimulos. Me encantaba. Ahora te lo puedo decir: tienes una polla que no te la mereces.

CELSO: ¿Tú crees?

ANA: Me jode decirlo en estas circunstancias, pero sí.

CELSO: Pues nunca ha sido una gran cosa.

ANA: Hombres. Una polla es como la sandalia que se ajusta al pie. Lo importante es que se acomode bien: ni muy suelta ni que te apriete. ¿Entiendes?

CELSO: Me hago una idea. Suena fuerte, pero me gusta. A mi edad sienta bien. Ya ves qué tontería.

ANA: Pensé que a los hombres como tú eso le importaba un bledo.

CELSO: A ningún hombre le importa un bledo eso.

ANA: Pues nada, ya lo sabes. La horma de mi zapato. Y de vez en cuando se me aparece en sueños, no veas la calentura con la que me despierto. Me gustaba, me gusta. Porque imagino que seguirá ahí.

CELSO: Aquí sigue, me gusta llevarla a todas partes. (Sonríe.) Me voy contento a la oficina. Como ves, sigo igual de simple, a pesar de la descarga.

ANA: Pues venga, lárgate ya, que estoy bien, de verdad. Deja eso, ya lo termino yo.

CELSO: No queda nada.

ANA: Me llevará mi tiempo, pero lo haré. Es la putada. No tengo tiempo, pero me sobra.

CELSO: Tienes mi móvil.

ANA: Sí.

CELSO: En tu cuarto de baño hay de todo, espero.

ANA: Ya he visto. Está genial. Y te habrás arruinado con tanta reforma.

CELSO: Me hicieron precio de amigo. No tiene importancia.

ANA: Estas cosas son así, además de joderte la vida, joden la de los demás y al final llevan a la ruina a toda la familia...

CELSO: Me gusta cómo suena eso...

ANA: ¿Lo de la ruina?

CELSO: Lo de la familia.

ANA: La familia que me queda es mi madre.

CELSO: ¿Sigue en

ANA: Sí. La cuidan bien.

Pausa.

CELSO: ¿Podrás llegar tú sola hasta el baño...?

ANA: No creo que me pierda.

CELSO: Me refiero a

ANA: Todavía sí... Perdona.

CELSO: Perdona tú, pero hasta que nos pongamos al tanto de todo...

ANA: Ya os enteraréis cuando no pueda, aunque no sé cómo lo voy a llevar.

CELSO: No pasará nada. Cuando estemos en casa te ayudaremos nosotros. No pienses en eso ahora.

ANA: Es que eso de "ahora" no suena igual que antes. El tiempo "ahora" vuela que se las pela.

CELSO: Imagino.

ANA: Lo de la ducha lo tengo más difícil.

CELSO: Seguirá viniendo la misma asistenta que tenías en casa, solo que tres veces por semana. Te ahorrarás dinero.

Pausa.

ANA: Me había hecho la ilusión de que me ibas a duchar tú.

CELSO: Cuando sea necesario lo haré.

ANA: ¿Y me frotarás la espalda?

CELSO: Te frotaré la espalda.

Pausa.

Y lo que haga falta.

ANA: Mira qué lanzado se me ha vuelto. Lo que hace falta es que te deje quien yo me sé.

CELSO: No se tiene que enterar.

ANA: Pues entonces o te das prisa o el Sr. García llegará primero.

Pausa.

El Sr. García es el tumor. Condrosarcoma es demasiado rebuscado, así que le he cambiado el apellido.

CELSO: ¿García?

ANA: Sí. Sí, como el presidente de la Comunidad de Vecinos. El del 5º F. Sigue siendo el mismo impresentable. Me resulta un nombre tan familiar como hijoputa.

CELSO: Vaya nombre para un tumor.

ANA: Pues anda que vosotros con ese pedrusco de ahí, Usuaia...

CELSO: Al menos le da un toque... poético.

ANA: Pero es que esto no tiene nada nada nada de poético.

CELSO: También es verdad.

Pausa.

ANA: Nos vemos esta noche. Intentaré hacer algo de cenar.

CELSO: No hace falta.

ANA: ¿Le gusta la pasta?

CELSO: Sí, pero hoy no vendrá. Se acabó, las camisas las he dejado en el estante de arriba. Está de concierto. Las blusas, abajo.

ANA: Vaya. Era el aliciente del primer día.

CELSO: ¿El aliciente?

ANA: Pues claro. Bueno, el morbo siempre puede esperar. Deja mis bragas en paz, por favor.

CELSO: Sigues usando tangas.

ANA: También las culonas tenemos derecho a llevarlas. Son más cómodas. Y no husmees más que igual te llevas alguna sorpresa mecánica escondida por ahí, que tengo cáncer de huesos, pero mis músculos más íntimos todavía funcionan y tienen sus necesidades. ¿No tienes ninguna fotografía de

CELSO: *(Sale de la habitación.)* Te caerá bien.

ANA: Cómo me va a caer bien alguien veinte años más joven que yo y que además me quitó lo que más quería. *(Vuelve CELSO con un álbum que deja sobre el regazo de ANA.)*

CELSO: Mirándolo así es difícil, pero te caerá bien. Abre.

ANA: Me caerá del culo. *(Toma aire antes de decidirse a abrir el álbum.)*

CELSO: *(Lo abre él mismo.)* Hablando de culos...

ANA: Dios... La primera en la frente. Qué culo más bonito.

CELSO: El baile es lo que hace.

ANA: Y qué ojos. *(Sin poder despegar la vista de las fotos.)*

CELSO: Sí.

ANA: Ni por asomo me imaginaba algo así.

CELSO: Tampoco es para tanto.

ANA: Mucho más de lo que te mereces.

CELSO: Ya lo creo. Mira esta.

ANA: Por lo menos veo que no te has contentado con lo primero que se te ha cruzado por la calle.

CELSO: No. Fue un golpe de suerte.
ANA: Sobre todo para ti, hijo de puta. (*CELSO cierra el álbum.*)
CELSO: Después sigues, así tienes algo en lo que entretenerme hasta que vuelva. En las de Croacia hay un par de desnudos que cortan el hipo.
ANA: ¿Estuvisteis en Croacia?
CELSO: Dos veces.
ANA: Y a mí me ponías peros cada vez que te proponía cruzar la esquina...
CELSO: Sí.

Pausa.

¿Te gusta la decoración?

ANA: Un poco demasiado moderna, pero no está mal.
CELSO: Hasta el último detalle es cosa suya.
ANA: Un toque femenino siempre viene bien. Y no te rías.
CELSO: ¿Quién se ríe? Ahora sí que me voy. Ya tendremos tiempo de charlar y de reírnos juntos.
ANA: ¡Tanto como tiempo...! El suficiente, toco madera. Y espero tener fuerzas para reírme. Lo necesito. Sí. Nos reiremos los tres. Otra vez el puto numerito.
CELSO: Para eso he vuelto a por ti.
ANA: Un poco tarde quizás.
CELSO: Nunca es tarde si la risa es buena.
ANA: Eso está bien.
CELSO: No es mío, es de
ANA: Ya. Además... es una persona ingeniosa...
CELSO: Muy ingeniosa. Es capaz de hacerte bailar sobre esa silla.
ANA: A ver si te has liado con la Virgen de Lourdes. ¿Te acuerdas de los berrinches que cogía cuando no había forma de que me sacaras a bailar una misera

bachata, con lo que me gustaba?

CELSO: Me corta mucho ser tan torpe. Volverás a bailarla, te lo digo yo.

ANA: Pero no contigo. (*Pausa.*) Como no haga milagros... Aunque te veo y empiezo a considerarlo. Anda, vete, que no están las cosas como para que te abran un expediente.

CELSO: Como si me tiran. Tú tranquila, andamos bien de pasta.

ANA: ¿Y eso?

CELSO: No le faltan contratos. Al principio lo pasó muy mal, pero ahora le empiezan a ir las cosas que ni pintadas y gana lo suyo, por descontado más que yo.

ANA: Lo que le faltaba ¿Y quieres que me caiga bien alguien con esa puta suerte?

CELSO: No es que quiera. Es que lo sé. Me voy.

Pausa.

ANA: Gracias.

CELSO: Gracias a ti. Por mucho que haga nunca te devolveré lo que tú me has dado.

ANA: Es posible, pero sigo pensando que no ha sido una buena idea.

Todavía no entiendo cómo has podido convencerme para traerme aquí.

Pausa.

Será porque sigues siendo el cabrón más buena persona que conozco.

CELSO: Bienvenida a tu nueva casa.

Sale. ANA mira hacia la ventana, por si Usuaia se deja ver entre la bruma, luego vuelve a abrir el

álbum de fotos y se le escapa algún suspiro que otro.

JUNIO

La oscuridad se ve salpicada tenuemente por las llamas de las veintisiete velas de una tarta de cumpleaños. Tras esta, el rostro en penumbra, impreciso e indeciso, de quien no se atreve a soplar. A ambos lados, reconocibles, ANA, desde su silla de ruedas, y CELSO.

ANA: ¿Quieres soplar de una puta vez...?
CELSO: No agobies, que está pensando...
ANA: Me está poniendo de los nervios...
CELSO: Pedir un deseo tiene su cosa.
ANA: Pues como tarde mucho se va a chamuscar la tarta.

El rostro indefinido chista reclamando silencio.

CELSO: Pssss. Que se está concentrando. Todo lo hace igual. Se toma su tiempo.
ANA: ¿Sí?
CELSO: Sí.
ANA: Pues vaya.

El rostro indefinido vuelve a chistar

CELSO: Más allá del gran charco, el tiempo es otra cosa. No corre, pasea. Hasta que entendí que cuando decía "un minutico" quería decir "lo haré cuando me pase

por los huevos", pasaron unos cuantos meses.

ANA: Quién pudiera decir "un minutico" siempre.

Chista por última vez. Silencio cargado de expectación. Por fin se atreve. Una fuerte inspiración precede a un soplido que rocía la tarta lentamente y consigue apagar todas las velas. CELSO y ANA aplauden y vitorean entre bromas. Vuelve la oscuridad. Y un silencio imprevisto que dura unos segundos.

ANA: ¿Y?

Silencio.

¿Me he muerto ya o es simplemente que no se ve ni un pimiento?

CELSO: Ya voy yo.

CELSO se mueve a tientas en busca del interruptor y tropieza con algo que se hace añicos.

ANA: ¿Mis tulipanes! ¿Quién ha dejado el jarrón en el suelo?

CELSO: En algún lugar había que poner la tarta... De todas formas, no se van a secar más...

ANA: No los pises y cuidado no te cortes. ¿Enciendes o no?

CELSO: Ya va, ya va.

La luz invade el dormitorio de ANA.

Hay pocos cambios, aunque evidentes: las cortinas, de un color muy vivo, y un gran cuenco de metacrilato, volcado ahora, lleno de flores secas,

junto a la cama.

Y... YARIS, que acaba de cumplir 27 años, un joven mulato que, con los ojos cerrados, sigue guardando silencio tras su tarta coronada por pequeñas velas humeantes.

ANA: Este sigue en trance. El colocón de las velas.

CELSO sonríe mientras levanta el cuenco e introduce con delicadeza las flores que se habían esparcido a su alrededor, YARIS reclama de nuevo silencio, ahora con las manos, como si estuviera haciendo magia negra, muy concentrado en su deseo. De repente, sonríe y abre los ojos de par en par. Habla con acento cubano.

YARIS: Ya. *(Sonríe.)*

ANA: ¡Bravo!

YARIS: Los deseos necesitan un minutico para ser pensados y otro después para que lleguen al mar. *(A ANA.)* Servidor, como el elefante, lento pero aplastante. Todo lleva su tiempo. *(A CELSO)* ¿No es así, mi amor?

CELSO: *(Imitando su acento.)* Lo que diga mi brother.

ANA: ¿Y qué has pedido?

YARIS: Ay, muchacha, si dices a los demás tu deseo, entonces este va y se ahoga, así que hay que dejarlo que flote y que flote hasta que se haga realidad.

ANA: Vaya. ¿Y se cumplen?

YARIS: Ustedes los españoles todo lo quieren al segundico.

ANA: A algunos no nos queda otro remedio.

YARIS: ¿Sabes, muchacha? Aunque lo malo de los deseos sea que a veces se cumplen... este sí se va a cumplir

porque solo va a traer felicidad... *(La mira a los ojos.)* Y chao pescao y a la vuelta picadillo...

ANA: *(A CELSO.)* Traduce.

CELSO: A otra cosa, mariposa.

YARIS: Eso es. Y ahorita hay que comerse este cake tan exquisito... *(Se dispone a partirla con un cuchillo.)*

ANA: Yaris, para mí un bocadito, solo para probarla...

YARIS: De eso nada, mi amor. *(Le sirve un buen trozo y se lo entrega.)*

Como dice mi buelita: si no se come, no se desea... así que si quieres que mi deseo se haga realidad, te tienes que comer este pedazote de cake...

ANA: Pues ¡jala, a reventar con el "cake"! Así se me está poniendo el culo, que ya no me cabe en la silla.

CELSO: *(Destapando una botella de champán.)* Y a regar el buen rollo con burbujas. *(Va llenando las copas.)*

YARIS: Como dicen ustedes, ¡que no falte de ná!

ANA: Está deliciosa. ¿De qué es el relleno?

YARIS: Guayaba, querida.

ANA: Pues es la primera vez que pruebo una tarta de guayaba, pero está muy buena.

YARIS: Hasta que no se prueba algo no se sabe su sabor... ¿Verdad, mi amor? *(A CELSO.)*

CELSO: Un brindis. *(Reparte las copas.)* Empieza, Yaris.

YARIS: Cedo la palabra a nuestra invitada.

ANA: Tú cumples esos asquerosos veintisiete... tú tienes que hacer el brindis...

YARIS: Nada de eso, muchacha. El cumpleaños ya se vació pidiendo un deseo y ahora acaba de elegir quién quiere que haga el brindis, así que... dale.

ANA: Con la poca gracia que tengo...

CELSO: Ya lo sabemos, pero nos gustas.

ANA: ¿Os gusto?

YARIS: A mí sí, a este no sé.

ANA: A este le cambió el paladar, de repente.

CELSO: A mí siempre me has gustado.

ANA: Hasta que descubriste la guayaba...

CELSO: Bruja.

ANA: Renegado.

CELSO: Envidiosa...

ANA: Maricón.
(*Ríen CELSO y ANA.*)

YARIS: Me parece que estoy de más ¡Ustedes me dicen que molesto y yo me voy...!

ANA: Perdona, Yaris, perdona... sí. Vale. (*Cierra los ojos apenas un segundo.*) ¡Por Yaris! (*Los abre.*)
Ya.

YARIS: A eso yo le llamamos en La Habana "brindis exprés", tacañona.

ANA: Está bien. (*Vuelve a levantar la copa. Cierra de nuevo los ojos.*) ¡Por esta criatura tan deliciosa, que solo tiene dos defectos: uno, su insultante juventud, y el otro que me callo - que cada cual puede hacer con su cosita lo que le venga en gana- pero que ha conseguido conquistarme -un poquito, tampoco vamos a exagerar- en los meses que llevo aquí...!

YARIS: Muchacha, eso está mejor.

ANA: Psss, que no he acabado...

CELSO: Ella es así, o todo o nada...

ANA: Por el amor, sea como sea. El correspondido y el no correspondido, el masoquista y el platónico, el virginal y el vicioso, el homo, el hetero y el bi, el animal y el humano, el divino y el terrenal, el de los insectos y el extraterrestre, y aquellos que todavía están en vías de catalogación. Y por la vida, la puta vida, que es algo maravilloso que tenemos hasta que un día empezamos a no tenerlo y

entonces nos damos cuenta de que todo es ya demasiado tarde. *(Abre los ojos ante la mirada asombrada de los dos amantes. Van a beber al mismo tiempo los tres, pero a ANA se le ocurre algo más, detiene el sorbo de los dos y vuelve a cerrar los ojos.)* ¡Ah! ¡Y por ese pedrusco de ahí enfrente! *(Abre los ojos y sonrío. Pausa. A CELSO y YARIS les cuesta reaccionar, hasta que se suman a la sonrisa de ANA con un aplauso.)*

CELSO Y YARIS: ¡Por Usuaia!

Ahora sí, beben hasta apurar sus respectivas copas.

CELSO: Y por lo más guapo que ha entrado en esta casa..

ANA: Me sumo al brindis, por Yaris..

CELSO: No me refería a él... *(Le manda un beso a ANA.)*

YARIS: Al final me pondré celosón.

CELSO: Y por la revisión de mañana con el Dr. Jeckyll, que te va a salir que que que

YARIS: ¡Que te cagassss!

ANA: No, si conseguiréis que me lo crea.

YARIS: Mi amor, estás hecha una rosa. Te lo digo yo, nieto de santero, esa luz que asoma en tus ojos tiene la energía de un volcán a punto de explotar.

ANA: La verdad es que hacía mucho tiempo que no me sentía tan bien.

CELSO: Me alegro.

ANA: Pero no dejo de pensar que el Doctor Jeckyll y el Sr. García no se tragan..

YARIS: Ah, mi amor... no hay fuerza que pueda con mis deseos... *(Canta.)* "Mañana puede ser un gran día, plantéatelo así, aprovecharlo o que pase de largo, depende en parte de ti..."

ANA: Hoy puede ser un gran día... no mañana... no cambies la

letra...

YARIS: Los cubanos cantamos como nos sale de la guayaba.

ANA: *(Ríe. Da un último bocado a la tarta.)* Y ahora, queridos, me vais a dejar que descanse... que esto de morirse es agotador... y quiero estar muy despierta para oír lo que me cuente ese matasanos.

Pausa.

YARIS: *(Contrariado.)* Sí, claro.

CELSO: Te dejamos descansar.

Pausa.

YARIS: Solo que...

ANA: ¿Qué?

YARIS: Nada, nada, cosas mías.

Pausa.

Como es mi aniversario... yo... pensé... que... ustedes...

CELSO: *(Le guiña un ojo a ANA, sin que YARIS lo vea.)*

Qué.

YARIS: Nada, nada.

La lista.

Pausa.

ANA: ¿Qué lista?

YARIS: ¿Se olvidaron que les hice una relación con todo aquello que me gustaría que..., bueno..., si podían, no sé... con las cosas que me hacían ilusión...? Una pequeña lista.

ANA: De tres páginas.

YARIS: Que por lo visto no sirvió para nada.

ANA: En mi estado, jovencito, ya me dirás cómo quieres que...

YARIS: Ya, sí, perdonen mi egoísmo.

CELSO: Te juro que se me ha olvidado por completo, hemos estado hasta arriba en la oficina estos últimos días. Pero mañana te prometo que te compro algo...

YARIS: Ya no será lo mismo. Es igual, no tiene importancia... Era por el detalle.

ANA: La verdad es que no se me ocurrió encargarte algo por internet...

YARIS: No importa. Está bien... Voy tumbando. *(Decepcionado. Va a recoger los restos de la celebración.)*

CELSO: Anda, vete a trabajar. Yo recojo...

YARIS: Me han pedido una nueva coreografía para el viernes...

CELSO: Por supuesto.

ANA: Te dejo que pongas fuerte la música. Me chuto un válium y como si quieres reventarme a decibelios, que todavía es tu cumpleaños.

YARIS: No hará falta, intentaré no molestar...

ANA: Pero llévate de paso la tarta, por favor, o me la comeré enterita...

YARIS: En un minutico... *(Va a salir.)*

CELSO: En un minutico no, por favor... ahora...

YARIS está molesto. No era su intención recogerla inmediatamente.

ANA: Y con cuidado, que me parece que trae sorpresa...

YARIS: *(Girando sobre sus pasos.)* ¿Cómo?

ANA: Ah, tú eres el brujo, adivínalo.

YARIS se acerca a la tarta. Alguien ha dejado sobre ella un sobre. Al joven se le ilumina la mirada.

YARIS: Ya me extrañaba a mí que ustedes no se acordaran...

ANA: Una tontería, por la cosa de cumplir.

CELSO: No te lo mereces, pero, bueno...

YARIS: *(Va hacia el sobre, nervioso, lo coge.)* ¿Qué es?

ANA: Un sobre.

YARIS: Ya.

ANA: Primero pésalo.

YARIS: Pesa mucho, por dentro. ¿Un viaje?

CELSO: Más o menos.

YARIS: ¿Dinero?

ANA: Menos que más.

YARIS: ¿Un cheque regalo?

ANA: ¡Qué horror! ¿Tenemos cara de regalar un cheque regalo?

YARIS: ¿Lo abro?

ANA: O puedes seguir preguntando hasta el juicio final, que para una que yo me sé está demasiado cerca.
(Abre el sobre. Dentro lleva un documento que ojea sin entender.)

YARIS: *(Lee.)* ¡Ganimedes!

CELSO: No, Usuaia.

YARIS: No entiendo.

ANA: Ahora va a resultar que no entiendes.

YARIS: ¿Usuaia?

ANA: Para chulos, nosotros.

CELSO: Mira. *(Apunta con el dedo hacia la ventana.)*

ANA: Es tuya. A partir de ahora ese pedrusco es tuyo.

YARIS: ¿Habéis... comprado la isla? *(ANA y CELSO asienten.)*
¡No!

ANA: En este mundo traidor no solo se compran a los políticos y a los banqueros, también las islas.

CELSO: Ahí tienes la escritura. No es Cuba, pero todo es empezar.

YARIS: ¡Ustedes están locos!

CELSO: Yo, por ti, ella no lo sé.

ANA: También.

YARIS suelta una carcajada de contento y reparte besos a los dos.

YARIS: ¡Eso está mostro! ¡Pero les debe haber costado cantidad!

ANA: Resulta que la había heredado una viuda que no sabía cómo quitársela de encima. El precio no se dice, pero te aseguro que lo más caro ha sido cambiarle el nombre. Y vosotros pensando que no tenía...

YARIS: ¿Ganiqué?

ANA: Ganimedes. Como el nombre de la protagonista de una de mis comedias favoritas. Por alguno de esos estantes debe de parar.

YARIS: ¡Soy el dueño de una isla! ¡No me lo puedo creer!

CELSO: *(Con acento cubano.)* Sí, mi brother. Una isla pedrusco enterita para usted, aunque ande un minutico por ella y se salga.

YARIS: Gani...

CELSO: A partir de ahora, Usuaia. Para siempre.

ANA: Una muchacha se hace llamar Ganimedes y se disfraza de pastor hasta que termina conquistando a su enamorado. Shakespeare hubiera hecho buenas migas con vosotros, menudo mariconazo estaba hecho.

CELSO: Cuando se lo cuente a mi abuela, lo que faltaba... Se me trae aquí a toda la familia.

ANA: No cabrán. ¡Que es un islote de tres hectáreas! Tres. El número mágico.

YARIS: ¡Tres hectáreas!

CELSO: Todas tuyas, para hacer lo que quieras, aunque como no pongas un criadero de cangrejos...

YARIS: Para empezar, mañana le hacemos una visita.

ANA: Pasado mañana.

YARIS: Eso, y así celebramos que

ANA: Qué

CELSO: Que el Dr. Jeckyll te habrá dicho que el Sr. García pasó a mejor vida y estás limpia, y que en... en un par de meses estás bailando conmigo una bachata.

ANA: No hace falta que me lo diga ningún doctor. Todo va bien, vosotros hacéis que todo vaya bien.

YARIS: Pues entonces no hay que esperar más nada. Esto se merece un... ¡meneíto sabrosón! ¡Arriiiiiba!

ANA: Los milagros son en Navidad.

YARIS: Hoy es Navidad. *(Sale del dormitorio. Empieza a llegar de la habitación contigua una música muy salsera y cadenciosa: una bachata de lo más sensual. Regresa Yaris, que se ha puesto una camisa chillonamente caribeña, marcándose unos pasos en plan muy profesional. Habla sin parar de moverse invitando a que se sumen al baile. CELSO lo intenta a su pesar. ANA sonríe haciéndole ver que ojalá pudiera...)*

Vamos, muñeca, hoy es el día perfecto para retomar nuestras clases de ritmos calientes. *(A CELSO:)* Empieza tú, negrazo, vamos, ese golpe de cadera, papichulo, que mira que te mueves con menos gracia que un microondas.

CELSO: Ya sabes que yo... *(Da dos pasos. Hace lo que puede.)*

YARIS: ¡A Dios pongo por testigo que hasta las escobas van a aprender a bailar en esta casa! Y tú, bombón, *(a ANA)* como el otro día, recuerda: la salsa se siente, se baila con el alma, no con las piernas, así que quiero verte meciéndote sobre esa silla... un dos un dos tres y, vamos, insinúate, baila con las manos, con las pestañas, sedúceme con esa mirada de mulatona cachonda; no puedes mover las caderas, pero sí esas teticas saltarinas,... vamos, morena...

ANA se deja contagiar lentamente por la chispa de YARIS. Mueve las manos, incluso insinúa el movimiento con los pechos, hasta terminar cerrando los ojos y dejarse llevar por YARIS que, desde detrás, zarandea la silla de ruedas sin perder el compás sincopado de la bachata. CELSO renuncia a seguir haciendo el pato y se les queda mirando, feliz.

Hay un cambio de luz muy cálido.

ANA, ahora de pie, baila con maestría junto a YARIS. Es todo un espectáculo que les permite ser cómplices de un momento mágico, sin que importe si YARIS es el dueño de la isla más pequeña del mundo, a ANA los huesos le están matando por dentro o a CELSO, también por dentro, en el fondo, le araña la tristeza.

Mientras la irrealidad se va desvaneciendo lentamente.

OCTUBRE

ANA, con un pañuelo en la cabeza, recostada sobre la cama, acomoda la espalda sobre un par de cojines apoyados en el cabezal. Se aplica con delicadeza sobre las encías lo que en el argot de los enfermos se conoce como "chupete" -un pequeño caramelo sedante, como un "chupa-chup"- . A pesar de todo, parece estar de buen humor. Observa sin apetito la bandeja con la comida, a la que no le falta

detalle, incluida una hermosa rosa blanca.

De la habitación contigua llega una música que fusiona jazz y ritmos caribeños, en la onda de Michel Camilo. Se escucha la voz de YARIS marcando con precisión los tiempos de la coreografía que está ensayando. De vez en cuando un mismo fragmento se rebobina y se insiste en su repetición.

Por la ventana se cuele un día luminoso que insinúa la cercanía de Usuaia. ANA mira hacia la ventana y sonríe.

ANA: Seguro que Usuaia está hoy preciosa. *(Dirigiendo la voz a la otra habitación, estira lo que puede el cuello interesada por seguir el ensayo de YARIS.)* ¿Comerás conmigo? *(Pausa.)* Otoño le sienta muy bien a tu isla, ¿eh, Yaris? ¿Comerás conmigo cuando termines?

YARIS (OFF): *(Levantando la voz.)* No, come tú, a mí me queda un poquitico. Seis siete ocho y. Que no se te enfríe, corazón.

ANA: No tengo hambre. Si al menos ensayaras aquí, se haría más fácil, como cuando era una niña, que sin las payasadas de mi padre no había forma de tragarme las lentejas.

YARIS (OFF): Ahí no tengo espacio. Dos tres dos y. Quince minutos y seré tu payaso.

ANA: Quince minutos. Di que pides poco. Pues llévame al salón y como allí mientras te veo.

YARIS (OFF): El Dr. Jeckyll dijo que por ahora te quedaras en la cama. Unos días. Seis siete ocho y. Además, contigo delante no me concentro. Sé buena chica. Y que te oiga comer, muchacha, o te quedas sin postre.

ANA: ¡No se me ponga bravo el artista! Está bien.

(Pausa. Deja el chupete sobre la mesita de noche. Vuelve a repasar el contenido de la bandeja. Da un bocado a lo que menos le desagrada. Mastica muy despacio. Sin elevar la voz, habla a YARIS, a ella misma o a nadie.) Dios da dientes al que no tiene qué comer y si tiene qué comer, entonces va el cretino y le quita el apetito. Te has cubierto de gloria, Dios, todo lo haces al revés, anda, sigue durmiendo. (Levanta la voz.) ¿Sabes lo que más me apetece de todo lo que me has preparado? ¡La rosa! Porque no es comestible, que si no... ¡Eres un cielo, mulatón! ¿Tú crees en Dios, Yaris? (Pausa. Vuelve al tono anterior.) Pues deberías creer, que contigo mira que se ha portado bien. Aunque la gente que mejor vive es la menos creyente, eso dicen. Y los que peor lo pasan, sin embargo, los más entregados a la causa. Joder, de cajón, los que tienen el cielo en casa para qué inventarlo y los que viven en el infierno, pues lo sueñan. (Pausa.) Yo soy una excepción. A mí Dios me da pena, si existe debe de ser el tipo más fracasado y triste del universo. Como el padre ese que crea un imperio y cuando se descuida todo está manga por hombro. Y decide exiliarse. Eso es lo que es Dios, un exiliado celestial.

YARIS: (Asomando la cabeza.) Sí.

ANA: ¿Qué?

YARIS: (Habla con voz entrecortada por el cansancio) Que sí creo en Dios, bueno, a mi manera. Dos tres cuatro y. (Vuelve al salón.)

ANA: ¿Y qué es a tu manera?

YARIS (OFF): Pues que creo de vez en cuando, otras no.

ANA: ¿Y en estos momentos cuál es tu estado religioso?

YARIS (OFF): ¿Me quedó bueno el puré? Cuando bailo solo creo en la música. Y por supuesto, en Esú. Ese siempre.

Igual está demasiado soso. Es de calabaza. Cinco seis y

ANA: La que está sosa soy yo. *(Lo prueba. Miente.)* Está bueno.

YARIS (OFF): Ya sabes que lo mío no es la cocina. Hasta que vuelva tu ex tendrás que soportar mis guisos, muchacha.

ANA: El problema es mi apetito, no quien cocine. Solo ver la comida me entran unas náuseas... ¿Has dicho Jesús?

YARIS (OFF): Esú, de la religión Yoruba. El dios del movimiento y la energía. Luego te cuento. Tres, cuatro. Eso es por la radio, muchacha, las secuelas de la radio. Dos tres cuatro y.

ANA: Ni que la hubieras probado.

YARIS (OFF): Ya nos lo advirtió Jeckyll. Y ahora que estás mejor debes hacer un esfuerzo y comer aunque no te entre nada. Poquico a poco. Uno dos uno y. Si todo sigue así en una semana estamos de picnic en Usuaia.

ANA: ¿Qué tal?

YARIS (OFF): Qué.

ANA: Usuaia.

YARIS (OFF): El lunar más lindo que le salió jamás al mar. Tres dos uno y. No sé si habrá lugar para montar una tienda de campaña de lo chiquitica que es, pero me sentí el Rey del mambo. Pintamos tu nombre en la roca más alta. Quedó de miedo.

ANA: ¿De veras?

YARIS: *(Vuelve a asomar la cabeza.)* Ajá. Se ve a un kilómetro: A-NA. En un violeta primoroso. Pero deja que acabe con esto o esto acaba conmigo. Tiburón que se para se lo lleva la corriente. Seis siete ocho y *(Vuelve a entrar.)*

ANA: ¿De qué va el postre hoy?

YARIS (OFF): Merengue.

ANA: El merengue me resulta empalagoso.

YARIS (OFF): Depende de cómo lo bailes, muchacha. Mi merengue sabrosón y tranquilico te va a encantar. Pero si no te lo comes todo no hay masterclass, ya lo sabe usted... Y seis. *(ANA esconde el pan bajo la almohada y piensa dónde puede camuflar un trozo de queso.)* ¡Y ni se te ocurra esconder nada, muchacha, que no te veo, pero te siento, que te recuerdo que mi abuela era santera y me transmitió algunos de sus poderes! *(ELLA devuelve los alimentos a la bandeja.)*

ANA: Ya, ya lo sé. Como, como. ¡Faltaba tu abuela, coño! No se priva de nada este negrazo, hasta brujo tenía que ser. *(Pincha un poco de ensalada, come muy despacio. Mira al chupete, sobre la mesita.)* Lo único que me apetece es el chupete. Estoy enganchada al chupete, aunque el Dr. Jeckyll diga lo contrario, para mí que crea adicción. Ahora apenas me duele, así llevo toda la mañana, y sin embargo me sigue apeteciendo una chupadita, me sienta bien, me relaja. Y eso que he tenido buena noche. Dos veces me desperté nada más. Al final me lo voy a creer. *(Alza la voz.)* ¡Al final me lo voy a creer!

YARIS (OFF): ¿Qué? Tres cuatro y

ANA: Que estoy mejor. Que

YARIS (OFF): Es que estás mejor.

ANA: ¿Tú crees?

YARIS (OFF): Eres tú la que se lo tiene que creer. Termina en un minutico, que ya lo tengo. Uno dos tres cuatro y

ANA: ¡No, un minutico no! Odio tus minuticos eternos. ¿Qué es lo que tienes ya?

YARIS (OFF): Cosas mías.

ANA: Me callo y te dejo.

YARIS (OFF): Un minutico de los de verdad. Y seis y siete y.

ANA: *(Baja un poco el tono de voz.)* Tus minuticos ya me

los conozco. *(Se resigna a comer algo.)* Esto sí que me lo comía yo antes en un minuto. O menos. Con el hambre que he tenido siempre. Yo no comía, engullía. Así me lucían las pistoleras. Benditas pistoleras, quién las tuviera ahora. Nunca he entendido cómo había gente que se tiraba una hora para terminarse algo que te podías zampar en dos bocados. Creo que nunca me he parado en sentir los sabores. Y ahora que me gustaría aprender a paladear no me entra nada. *(Traga uno de los bocados.)* Y es que nada me sabe a nada. *(Levanta algo más la voz.)* ¡Muy rico! *(Regresa a un tono más confidencial.)* Entre otras cosas estoy descubriendo que nunca es tarde para aprender a mentir. *(Pausa.)* ¿A qué sabía el pollo? ¿Y el lenguado? ¿Y el pan? *(Muerde un trozo de pan.)* Además de a plástico esto antes tenía un sabor en el que nunca me detuve. Es como el que tiene ojos y no ve. Cuánta gente, como yo hacía, se pasará la vida sin mirarla de frente. Todo por no parar un minuto de esos que duran sesenta segundos. Si recupero el apetito y las ganas por comer juro que me pasaré un minutazo de Yaris en cada bocado, como esos catadores de vino que se plantan delante de una copa, lo miran y requetemiran primero, lo huelen, lo mueven para descubrir nuevos brillos, para provocar nuevos aromas, lo vuelven a oler, dan un trago insignificante, se lo dejan en la garganta y luego lo paladean muy despacio. Eso pienso hacer yo con cada cucharada de lo que sea. Tardaré un día en comer, pero aprenderé a comer al fin y recuperaré todos los sabores que me he perdido.

Entra YARIS, viste un mono de ensayo, lleva una pequeña toalla anudada al cuello. Se le nota algo

cansado, pero satisfecho.

- YARIS: ¿Qué te has perdido?
- ANA: Un poco de todo, que sumado da demasiado.
- YARIS: Pues ya sabes lo que tienes que hacer. *(Se sienta en la cama junto a ella, le acerca una cucharada de puré).*
- ANA: Qué.
- YARIS: Comer, mi amor, comértelo todo. *(Le da de comer una cucharada.)* Mi buelita la bruja
- ANA: Éramos pocos y parió la buela.
- YARIS: Dice: para estar bien dos cosas al día hay que hacer: comer... ¡y descomer! *(Ríen.)*
- ANA: Si vieras cómo echo de menos esas dos cosas. No sabría decirte cuál de las dos más. Deja, ya sigo yo. *(Toma la cuchara. Se esfuerza en terminarse el puré. YARIS la mira.)* Todavía puedo comer yo solita. Es tan patético todo esto.
- YARIS: A mí no me lo parece.
- ANA: Me gustaría a mí verte como yo estoy ahora.
- YARIS: ¿De verdad te gustaría verme así?
- ANA: Es una forma de hablar, brother, pues claro que no, puedo llegar a ser estúpida, pero no tanto. *(Pausa.)* Un bailarín con un cáncer en la pierna... ya lo que faltaba.
- YARIS: ¿Te duele mucho?
- ANA: Te cuento: para hacerse una idea de la intensidad del dolor Jeckyll me da una hoja con caritas dibujadas, y yo debo marcar: la 4, o la 5, o... la que sea, que siempre tiene una expresión de lo más curiosa. De repente parece como si volviera a párvulos.
- YARIS: ¿Se puede medir el dolor?
- ANA: ¿Se puede medir el amor?
- YARIS: Ah, asere, quien lo puede medir es porque no ama de

verdad.

ANA: Pues lo mismo pasa con el dolor. Cuando duele de verdad, no hay test que valga y solo con mirarte la enfermera ni se les ocurre darte la puta hojita. Pues bien, todo este rollo va porque si me la dieran ahora se la devolvería sin marcar ninguna cara, como mucho la primera. ¡No me duele casi nada! Mis piernas siguen apagadas, pero de vez en cuando empiezo a sentir un maravilloso hormigueo.

YARIS: Despertarán muy pronto.

ANA: Mira. *(Mueve ligeramente las puntas de los pies, es un movimiento casi imperceptible. Sonríe.)* ¿Has visto?

YARIS: A ver, otra vez. Es que me cogiste desprevenido. *(Insiste ANA, esta vez es más apreciable y a YARIS se le ilumina el rostro.)* Ey, muchacha, ¡lo he visto, lo he visto! Qué rico.

ANA: Hacía tiempo que ese simple movimiento me resultaba imposible. Ya ves con qué poco me conformo. Para mí mover la uña del pie es como andar por encima del mar.

YARIS: Se empieza moviendo la uña y se termina escalando el Himalaya, corazón.

ANA: Con conseguir subir a la cima de tu pedrusco me conformo.

YARIS: Subiremos juntos, princesa, te lo juro. Otra vez, vamos, repite ese sensualote baile uñero. *(Fijándose en los pies de ANA, que -aunque casi imperceptiblemente- se mueven. Bromea:)* Un dos tres y. Los mueves con mucho *swing*...

Pausa.

ANA: ¿Tú te hubieras amputado las piernas, como me proponía Jeckyll?

- YARIS: Si así acababa con el cáncer, como te decía el matasanos, rotundamente sí.
- ANA: Aunque eso significara que se acabó el baile para siempre...
- YARIS: Siempre es preferible que se acabe el baile a que se acabe todo lo demás.
- ANA: Para ti, para mí no. Eso se dice cuando se tiene tu edad y tu marido no se ha largado. Aprendí a imaginar la vida sin Celso, pero ¡sin piernas! Aunque no fuera bailarina. Cuando se me mete una idea en la cabeza, no hay quien me la quite. Para mí andar, viajar, moverme, es vivir. Cortarme las piernas es cortarme la vida. Prefiero vivir un año de aquí para allá que diez inmóvil.
- YARIS: Hay muchas formas de moverse, muchacha. Te lo dice alguien que vive moviéndose.
- ANA: Eso es filosofía barata de artistas. ¿Te han hablado alguna vez del dolor del miembro fantasma? (*YARIS niega con la cabeza.*) Cuando te amputan o pierdes una parte del cuerpo ese miembro, aunque no esté, permanece aquí, en el cerebro. De ahí nunca se borra. Hasta duele. ¿Entiendes? Te falta la mano, pero la sigues sintiendo. Ves que no está, pero en tu cabeza sigue estando su hueco. Creo que no hubiera aguantado a sentir unas piernas que ya no tenía.
- YARIS: Hay gente sin piernas, Ana, más felices que otros que corren el maratón. Pero al fin y al cabo fue una decisión tuya.
- ANA: Se lo dejé claro a Celso el primer día. Nada de intentar convencerme, que con lo testarudo que es, lo veía comiéndome la oreja un día sí y otro también.
- YARIS: No sé quién de los dos es más cabezota. Y valiente. Lo importante es que te está saliendo bien la

jugada, muchacha, y el tumor se está yendo al carajo.

ANA: Por ahora.

YARIS: ¡Has acojonado al mismísimo Sr. García!

ANA: Ojalá, Yaris.

YARIS: ¿Al menos estás mejor, sí o sí?

ANA: Estoy mejor porque vosotros hacéis que cada día esté mejor.

YARIS: Y porque no te duele.

ANA: Media cara como mucho. Pero no sería lo mismo sin vosotros. ¿Quién me iba a decir a mí que un día sería feliz con el plasta de mi ex y con su novio?

YARIS: La vida da muchas vueltas, muchacha, y a veces son las vueltas más locas las que le dan sentido.

ANA: Ya es una locura que un mulato guapo y joven como tú se enamore de un tipo como Celso...

YARIS: El amor es ciego.

ANA: Y un poco cabrón.

YARIS: También.

ANA: Yo siempre le fui fiel.

YARIS: Yo tampoco. *(Ríe y contagia con su risa a ANA.)*

ANA: Que no me entere yo que...

YARIS: Con que no se entere él es suficiente, mi amor. Que lo quiero a rabiar, lo juro por lo más sagrado, pero, ah, nada es perfecto, muchacha, ese es el jugo de la vida, y todos tenemos nuestras debilidades, ¿o no? *(Mira a ANA, parece que ha decidido no seguir comiendo.)*

¿Te lo caliento en el microondas?

ANA: No hace falta. Caliente o frío me apetece lo mismo.

YARIS: Pues no es lo mismo, asere. Y lo vas a ver. Vamos a calentarlo entre los dos, sin calentarlo. Me explico. *(Se levanta.)* A cada cucharada que tú te metas en esa boquica de fresa tu negro zumbón te regala uno de sus pasicos recién inventados. ¿Okei?

Pausa.

ANA: Okey, brother.

YARIS: Pues vamos allá, muchacha... Dos tres y..

Con la misma liturgia, tras cada cucharada que ANA mete en su boca, YARIS baila un breve fragmento de la coreografía que acaba de crear. Lo hace alrededor de la cama, después se sube en ella, en una de las sillas, sobre la cómoda... ANA va entrando en el juego hasta terminar entusiasmada y acabar el puré. Yaris, exhausto, cae tendido sobre la cama, junto a ella.

YARIS: ¿Te gustó?

ANA: No ha estado mal. Me refiero al... puré. *(Sonríe.)*
Genial, negrazo, eres un pedazo de artista.

YARIS: No sé, yo no termino de verlo.

ANA: Otro que está ciego. Pues te aseguro que verte bailar es un pinchazo de morfina en vena. No veas el subidón. Mejor incluso que el chupete.

YARIS: ¿No crees que algún movimiento puede resultar algo atrevido? Que ustedes los españoles para algunas cosas mean colonia.

ANA: A mí nada me parece ya atrevido. Si pudiera haría hasta puenting de ese que antes solo pensarlo me daba vértigo. En serio, me parece estupendo. Mira el plato. Si te vieran en el Hospital te contrataban a la hora de la comida. En mi planta no había bandeja que no volviera intacta a la cocina.

YARIS: Pues ahora, mientras yo me ducho, te terminas la bandeja. *(Se incorpora. Va a salir hacia su habitación.)*

ANA: ¿Dónde vas?

YARIS: Al baño.

ANA: Si ni siquiera has sudado...

YARIS: Pero huelo a perro muerto. Y no quiero cometer contigo un pesticidio cuando le demos al merengue.

ANA: Hueles bien, a macho.

YARIS: Qué horror.

ANA: Pues a mí me encanta ese olor. Además, me dijiste que me ibas a hablar del dios ese.

YARIS: Otro día, Anita, *(se huele las axilas)* que me huelo lo peor...

ANA: Pues un pacto. Me lo como todo si

YARIS: Qué

ANA: Te duchas, pero... en mi cuarto de baño, el tuyo está muy lejos. Y no te oigo... total, qué más da... y Así seguimos hablando mientras te duchas. *(Se miran. ANA sonríe.)*

YARIS: Está bien. Pero que te vea.
(ANA ataca la ensalada, come a dos carrillos, contenta como una chiquilla, mirando de reojo a YARIS, que le devuelve la sonrisa y va hacia el cuarto de baño de ANA.)

ANA: No cierres la puerta, que así te... oigo mejor.

YARIS: Tú come y calla, como me decía...

ANA: ¡Tu jodida buelita! El pacto era que comiera, no que callara. *(YARIS entra en el cuarto de baño, deja entornada la puerta y empieza a desnudarse. ANA levanta la vista del plato siempre que puede, intentando no perderse detalle).* ¿Hablaste ayer con Celso?

YARIS (OFF): Por la noche, un ratico.

ANA: ¿Y?

YARIS (OFF): Está bien. No mires, muchacha, que te veo, pervertida. Dice que se le está haciendo muy largo el cursillo y que tiene ganas de volver.

ANA: Eso le pasa por ascender a Jefe, aunque me cuesta

imaginármelo dando órdenes. Pues claro que tendrá ganas de volver. Para verte. *(Abre los ojos, algo ha visto que le ha sorprendido gratamente.)*

YARIS (OFF): Para vernos. En una semana lo tenemos ya en casa. Me preguntó por ti. *(Se escucha el sonido de la ducha. Ambos levantan la voz.)*

ANA: Pues hace ya dos días que no hablo con él.

YARIS (OFF): No se te podía molestar en el hospital, pero te juro que siempre que hablamos lo primero que hace es interesarse por ti.

ANA: ¿De veras?

YARIS (OFF): Te quiere mucho.

ANA: Él quiere mucho a muchos.

YARIS (OFF): No es lo mismo, Anita, te quiere demasiado, muchacha, a veces pienso que demasiado demasiado.

ANA: A ver si vas a estar celoso de una moribunda.

YARIS (OFF): Nos enterrarás a los dos, es lo que dice Celso. Y yo también lo creo. ¡Entonces heredarás Usuaia! *(Ríe.)*

ANA: Primero tendré que volver a andar. *(Mira hacia la ventana. Baja la voz. Hace un esfuerzo por comer los restos.)* Hoy ha vuelto a asomarse. Aparece cuando le da la gana. Sale de la bruma y ahí está, como un diamante escondido. Como si supiera que la necesito. Me hace compañía, aunque no la vea. Es como Celso, resurgió de la nada cuando ya lo daba por perdido. *(Pausa. Está masticando y quizás por eso se atreve a preguntar algo que se le ha pasado de repente por la cabeza, con la esperanza en el fondo de que no le oiga:)* ¿Folláis mucho? *(Cesa, de golpe, el sonido de la ducha. Pausa.)*

YARIS (OFF): ¿Qué?

Pausa.

¿Has preguntado si
ANA: ¿Si qué?
YARIS (OFF): Nada, me había parecido oír que... (Ríe.) ¿Te has
dado cuenta, mamita?
ANA: ¿De qué? (Mira hacia el cuarto de baño.)
YARIS (OFF): ¡Somos una familia! Una pequeña familia.
ANA: Un trío de lo más peculiar.
YARIS (OFF): No, un trío no. Una familia.
ANA: Depende de cómo lo mires. Una familia, en
estadística, es un grupo de gente que convive bajo
el mismo techo y comparte gastos. En ese caso, sí,
se nos puede considerar como una familia.
YARIS: (Asomando la cabeza.) Una familia, en Yarisdística,
es mucho más que eso.
ANA: ¿Cómo qué?
YARIS: Como tú, Celso y yo.
ANA: La santísima trinidad. (Vuelve YARIS al cuarto de
baño. Pausa.)
Tienes un cuerpo precioso, Yaris.
YARIS (OFF): O sea, que has estado mirando, cotilla.
ANA: Para nada. Es que tengo mucha imaginación.

Pausa. Sale YARIS, envuelto en el albornoz de ANA.

Qué albornoz tan bonito.

YARIS: Tontica. Es el tuyo.
ANA: Cuando yo me lo pongo es horrible.
YARIS: Guatacona. ¿Sabes qué? Lo estaba pensando ahora,
bajo el chorro del agua. No es cierto que yo
dejaría de bailar si me cortaran las piernas.
¿Sabes lo que haría? Montaría un ballet con gente
en silla de ruedas, como hizo Pina, la más grande,
y demostraría al mundo entero que para bailar solo
hace falta mover el corazón.

Se dirige hacia la habitación contigua. Suena una canción que sugiere un merengue, aunque muy pausado. Vuelve YARIS, retira la bandeja.

Se lo comió todo la señorita y eso tiene premio.

Deja caer el albornoz al suelo y se queda desnudo, ante el asombro de ANA.

¿Le apetecerá a la princesa un merenguito bien reposado?

ANA sonríe, asiente y se agarra al cuello de YARIS, que la sube como si fuera una pluma. Y, abrazada a él, baila delicadamente un merengue que suena más lento de lo habitual, dejándose llevar, sin que sus pies, inertes, lleguen a tocar el suelo, aunque posiblemente nunca se hayan llegado a sentir tan cerca del cielo.

DICIEMBRE

ANA, en pijama, sigue recogiendo su pelo con un pequeño pañuelo, pero algo ha cambiado en ella: está de pie. Mira, de espaldas, a través de la ventana, junto a un confortable sillón que hay situado al fondo del dormitorio. La luz de la mañana, tenue, llena de claroscuros la habitación,

en la que destacan algunos adornos de Navidad. Entra CELSO, sin que ANA se dé cuenta. Viste un traje oscuro y cuelga de su mano un maletín de ejecutivo. ANA se gira y sonrío al verlo.

ANA: No me acostumbro a verte así, tan... puesto. (*Van ambos al encuentro; ella, andando con cierta dificultad, llega hasta él, le retoca un poco el pelo con la mano y le ajusta el nudo de la corbata.*)

CELSO: Pues yo sí que empiezo a acostumbrarme a verte así, tan... repuesta (*sonríen*), y me encanta, aunque no sean horas para estar ya levantada.

ANA: No aguanto más en la cama. Me despierto y lo primero que quiero hacer es recordar que puedo volver a andar.

CELSO: ¿Qué tal la noche?

ANA: Muy bien.

CELSO: ¿Caras?

ANA: Ni la menos fea.

CELSO: Te oí toser un poco.

ANA: Me habré enfriado con tanto viaje de ida y vuelta al colchón, pero te aseguro que un catarro no me quita el sueño. Después de todo lo que he pasado me parece hasta estimulante.

CELSO: ¿Quieres que te prepare el desayuno?

ANA: Ya lo hago yo, no sabes lo que disfruto esperando a que se doren las tostadas. Pongo la tostadora al mínimo y observo cómo se van calentado las rebanadas de pan muy despacio; es asombroso, te lo juro, antes le daba al máximo, y aun así me ponía de los nervios y salía de casa sin probarlas porque siempre se me quemaban. Desde hace unos días he descubierto el milagro de las tostadas al dente.

CELSO: La próxima vez me pararé a comprobar el fenómeno.

- ANA: ¿Y el café, qué me dices del café cuando empieza a subir? ¿Hay algo más estremecedor que una cafetera de las de toda la vida? Si me vieras qué cara de tonta se me pone viendo cómo el chup chup rompe el silencio, como si fuera una diminuta locomotora fantasma entrando en la cocina. Chuuuup chuuuup. Así. Chuuuup.
- CELSO: Chup chup.
- ANA: Así. Chuuuuup chuuuuup. *(Sonríen. Pausa.)* Ni se te ocurra regalarme una de esas maquinitas de ahora que le pones un supositorio y se tiran un pedo de café. Eso es para gente instantánea, y yo me he vuelto retardada convencida. Prepararse el desayuno, sin prisas, es la primera lección que nos da el día.
- CELSO: Mujer, contado así, hasta pinta bien.
- ANA: Además, vas a llegar tarde.
- CELSO: El jefe puede permitírselo.
- ANA: Pero tú eres un jefe muy poco jefe.
- CELSO: Ya, pero ellos no lo saben. *(Pausa.)* ¿Qué tal me queda el traje?
- ANA: Un poco bastante horrible.
- CELSO: Gracias. *(Sonríen, cómplices.)*
- ANA: Es que parece un uniforme.
- CELSO: Es que es un uniforme.
- ANA: Hasta el del gerente de cualquier tanatorio es más vistoso.
- CELSO: Ni que los conocieras a todos.
- ANA: Los de esta ciudad al menos.
- CELSO: ¿Los conoces?
- ANA: Pues claro. Y a algunos de fuera. Cuando me resigné a palmarla me dio por visitar los tanatorios de la provincia. Era como ir a una agencia de viajes, pero con más morbo. Y la hostia de cara. Te extrañaría lo interesantes que son algunos de

ellos.

CELSO: ¿Los tanatorios?

ANA: Sus gerentes. A uno hasta se le ocurrió echarme los tejos. Claro, pensaba que lo visitaba por algún familiar, hasta que le confesé que era para mí. Entonces, en menos de un segundo se le pasó la calentura, tocó madera, caoba -por supuesto-, y se limitó a pasarme un presupuesto detrás de otro. Por las nubes. Morirse no es que sea un lujo, es tirar la casa por la ventana, y después para que la casa termine bajo tierra. Ni Las Bahamas. Y ni siquiera, como le dije una vez a uno que me cayó muy simpático -me recordaba, no sé por qué, a ti- hay rebajas de enero, que por cierto es uno de los meses en que más la diña la gente. Así que al final me decidí por la incineración, no es que sea una bicoca, pero a los precios del mercado, que te quemem está por los suelos.

CELSO: Vaya chiste tan macabro te ha salido.

ANA: A lo mejor por eso es por lo que he descubierto el poder hipnótico de la tostadora. Al final terminaré siendo eso, una tostada absolutamente chamuscada.

CELSO: Para ser tan temprano estás que te sales.

Pausa.

ANA: Menos mal que la corbata es bonita.

CELSO: Será porque la elegiste tú.

ANA: La elegimos entre Yaris y yo.

CELSO: Yaris me dijo que fuiste tú la que tuvo la última palabra, para variar.

ANA: Pero estaba de acuerdo. Ni te imaginas lo bien que me lo pasé yendo de compras con él. Se me empezaba a olvidar lo agotador que resulta gastar.

CELSO: Vuelves a ser tú, en todo tu esplendor.

- ANA: Estoy en ello. Y eso que todavía iba en la silla de ruedas, cuando vaya por mi propio pie, creo que iré cantando ópera.
- CELSO: Entonces seremos Los Soprano versión cutre. Tú cantas, Yaris baila y yo paso el plato.
- ANA: Cuando me ponga buena del todo, os aconsejo que me tiréis de casa antes de que sea tarde y acabe con vuestro matrimonio.
- CELSO: Tu mala leche nos pone mucho.
- ANA: No tenéis remedio.
- CELSO: Pues anda que tú.
- ANA: Ando poco, por ahora, pero andaré hasta hartarme. *(Vuelven a sonreír.)* Estaba viendo Usuaia.
- CELSO: ¿Con esta luz de invierno?
- ANA: ¿Te acuerdas lo que me dijiste el primer día que pisé esta habitación? Cierra los ojos y la ves. Ya no hace falta que los cierre, la veo siempre que quiero. Aunque sea una mañana como esta, o haya bruma, o incluso llueva. He encontrado el punto de referencia, y eso es lo que tenemos los pacientes, que nos hacemos pacientes de verdad, así que siempre consigo ver al final el pedrusquito de Yaris.
- CELSO: Lo que no te propongas tú...

Pausa.

¿No te cansas de estar de pie?

- ANA: Por mí no volvería a sentarme, pero al final se me duermen un poco las piernas. Han estado demasiado tiempo en horizontal. A veces me da la impresión de que viven una vida aparte de la mía. *(Se sienta en el sillón. CELSO lo hace sobre la cama y deja, junto a él, el portafolios.)* Ahora las noto nerviosas, como inquietas por dar su primer paseo

al aire libre. (*Pausa.*) No te he dado las gracias por olvidarte de ellas.

CELSO: Nunca las he olvidado.

ANA: Me refiero al pacto. Conociendo lo pesado que eres pensé que serías incapaz de no sacar el tema.

CELSO: Mira mi lengua. (*Se la enseña, de broma.*) Está llena de cicatrices de las veces que me la he tenido que morder para no hablar de ello. Yo también te conozco.

ANA: A la primera insinuación me hubiera largado.

CELSO: Pues te aseguro que no hay nada peor que renunciar a algo de lo que estás convencido.

ANA: Pero no todo en la vida es llevar la razón. ¿O no?

Pausa.

CELSO: Sí.

Pausa.

Me sienta bien hablar contigo antes de entrar en el despacho. El poder es tan aburrido. Y solitario.

ANA: Te ha salido un nuevo amigo. El portafolios, digo. No te separas de él ni para mear. ¿Tan importante es lo que llevas dentro?

CELSO: Secretos de Estado. Si yo te contara...

ANA: Secretos del estado de Celso. Tienen hasta contraseña.

ANA: Algún tres, ¿me equivoco? (*CELSO se sorprende. ANA sonríe.*) Eres tan previsible...

CELSO: Con él me siento un jefe de primera.

ANA: Que va a llegar tarde al trabajo.

CELSO: Si me retraso diez minutos tendré que soportar mi primera bronca conmigo mismo.

Pausa.

El domingo. Si todo sigue así, el domingo nos iremos a pasear.

ANA: Si Yaris ya está aquí.

CELSO: Y si no llega a tiempo, lo das conmigo. Tú y yo, como hace

ANA: Demasiado tiempo. No. Os lo prometí. El primer paseo lo doy con los dos o no lo doy, uno a cada lado, por la alameda, con Usuaia de testigo.

CELSO: Pues esperemos que el artista no triunfe demasiado y no le hagan quedarse algún día más.

ANA: Eso es mucho esperar. Yaris lleva el triunfo en las venas.

CELSO: Solo ha tenido un fracaso en su vida: yo. *(Sonríe.)*

ANA: Algo te vería. Porque a ti te hizo un rey, o, ya puestos, una reina, pero a mí me hizo una faena.

CELSO: Y no lo entiendo: nunca he sido una gran cosa.

ANA: Las pequeñas cosas son las que valen la pena.

Pausa.

CELSO: Te hice mucho daño.

ANA: Ya está olvidado. Nada de tristezas.

CELSO: ¿De verdad?

ANA: Te lo juro. Lo que me está pasando me ha enseñado a entender mejor la vida, si es que se puede entender. Hiciste lo que debías hacer. Pocas veces uno tiene la oportunidad de subirse a un tren como el de Yaris. Aunque quién me iba a decir a mí que le dabas a los dos palos.

CELSO: Es que ni yo lo sabía.

ANA: ¿Y entonces cómo fue? ¿Se te apareció la virgen y te volviste maricón?

CELSO: No lo sé, en todo caso fue la virgen Yaris. Nunca

antes se me había pasado por la cabeza. Te lo juro. En la vida echas a andar por un camino y a veces se te cruza otro y pasa lo que pasa, si es que tiene que pasar. Yo cambié, lo probé y dije: sigo por aquí.

ANA: Te ha quedado de anuncio de lavavajillas. Es decir, que la acera de enfrente te gustaba más que la mía.

CELSO: Me gustaba diferente.

ANA: Más.

CELSO: Como tú dirías: un poco bastante más, sí.

Pausa.

Lo siento.

ANA: Pasa la página, brother. No lo sientas, a estas alturas he aprendido a poner cada cosa en su sitio. Y, te lo juro, después de compartir estos meses con vosotros lo entiendo todo mucho mejor.

CELSO: Me fui porque el corazón me dijo que debía irme y, pasado un tiempo, cuando me enteré de lo tuyo, siempre me quedó la duda de si mi decisión podía haber influido en... Dicen que a veces una situación así puede desencadenar un tumor o

ANA: Lo mío es genético, Celso. Para que te quedes tranquilo. Hay quien tiene en el ADN escrito la habilidad para tocar la guitarra o ser contorsionista, por ejemplo, y otros tenemos escrito, simplemente, el cáncer, así de putos y caprichosos son los cromosomas esos. No soy la primera de mi familia en padecerlo, aunque no me hubieras dejado lo hubiera tenido igual.

CELSO: Lo sé, me lo dijo el Dr. Jeckill.

ANA: Vaya. Ya apareció el hada madrina.

CELSO: Es un buen tío, seco como él solo, pero buen tío. Y un buen profesional.

ANA: Eso no lo dudo, pero tiene menos sensibilidad que una patata.

CELSO: Te asombrarías de lo sensibles que pueden llegar a ser algunos tubérculos.

ANA: No se lo digas a Yaris, a ver si se pone celoso.

CELSO: El doctor patata no es mi tipo. Y si alguien se podría poner celoso en todo caso ese sería yo. No veas Yaris lo que liga.

ANA: Ya lo sé.

CELSO: ¿Qué sabes?

ANA: Me lo imagino.

Pausa.

¿Y cómo lo llevas?

CELSO: ¿Los cuernos? Con mucha dignidad.

ANA: Tonto. *(Sonríen.)*

CELSO: Consciente de que cada día con Yaris es un regalo.

ANA: Cada día es un regalo, con o sin Yaris, te lo digo yo.

CELSO: Pues sí.

ANA: ¿Y se puede saber de qué hablas con el Dr. Jeckyll?

CELSO: De qué va a ser. Un poco de todo, pero principalmente de lo tuyo. Me tiene al tanto.

ANA: A quien debe tenerle al tanto de todo es a mí.

CELSO: Y lo hace.

ANA. Ahora que lo dices, últimamente lo he notado menos hijoputa.

CELSO: Ya te digo: las patatas también tienen su corazoncito.

ANA: Empezaba a dudar de que el Dr. Jeckyll lo tuviera. Si lo hubieras visto el primer día, cuando me dio el diagnóstico: en vez de decirme que tenía cáncer parecía que me estaba dando el parte meteorológico. *(Pausa.)* Así que volviste a por mí porque te

sentías culpable..

CELSO: Volví a por ti porque te quería mucho. Porque te quiero mucho.

ANA: Aunque ya no te guste.

CELSO: Aunque haya alguien que me gusta más.

ANA: ¿Y te volverías a acostar conmigo?

CELSO: Depende de Yaris.

ANA: No se enteraría.

CELSO: Pues claro que se enteraría.

Pausa.

Haríamos un trío. Ya puestos a probar... (*Ríen. Pausa.*)

ANA: ¿Lo dices en serio?

CELSO: ¿Ah? Quédate con la duda. Pero puede ser excitante.

ANA: Dios. El asere te ha revolucionado las neuronas.

CELSO: Falta me hacía, Ana. Es lo que tienen los cubanos, llevan la revolución en las pelotas.

Pausa.

¿Has pensado en el menú que te apetece?

ANA: ¿El menú? ¿Hace falta un menú para eso?

CELSO: Me refiero al de Nochevieja.

ANA: *Ríe.*) Pensé que era otra de tus guarradas. Hasta que no sepa cuándo será fin de año en esta casa no me pongo a pensar.

CELSO: Desde hace años la improvisamos de un día para otro, cuando Yaris tiene un hueco. Una vez la tuvimos que celebrar en febrero. En estas fiestas siempre tiene el doble de trabajo.

ANA: Me prometió que se sacaría un día de la manga para mí.

CELSO: Si te lo ha dicho es que lo hará. Tendrá que ser un

menú muy especial.

ANA: Como si fuera lo que en un principio iba a ser: la última Nochevieja.

Pausa.

Pero ya quedamos que esta vez era yo quien preparaba la cena.

CELSO: Será un placer morir envenenados.

ANA: Será un placer sentirse tan viva.

CELSO la mira con ternura. A ANA se le escapa un golpe de tos que reprime enseguida. Sonríen. CELSO se levanta para salir.

Un momento.

ANA se levanta, saca de debajo de la almohada un sobre y se lo entrega.

Dentro va algo que escribí ayer, para vosotros. (*CELSO va a abrir el sobre.*) No es para leer ahora, es para que lo leáis los dos, los dos juntos.

CELSO: ¿Cuándo?

ANA: Cuando toque. Mientras tanto, guárdalo entre tus... documentos secretos.

CELSO le pide a ANA que mire hacia otra parte. Entonces marca la contraseña en el portafolios.

ANA: Tres tres tres...

Por supuesto que ha acertado. Lo abre, guarda la carta y lo vuelve a cerrar.

CELSO: ¿En Nochevieja?

ANA: En Nochevieja.

Se miran por última vez. ANA sonríe, CELSO le devuelve la sonrisa y sale.

ANA busca la sonrisa de Usuaia.

FEBRERO

Sonido de gaviotas revoloteando.

YARIS y CELSO, subidos a la parte alta de una roca que insinúa el trazo final de una enorme A mayúscula de color violeta, intentan conservar el equilibrio. Los dos visten con smoking, aunque lucen guirnaldas brillantes colgadas al cuello y coronan sus respectivas cabezas con unos de esos sombreros de fin de año moteados de purpurina. Celso lleva en una mano una botella de champán semivacía, de la que bebe y da de beber de vez en cuando a YARIS, que agarra con su mano derecha un pequeño recipiente de cristal.

Empieza a atardecer y hace frío.

YARIS: Te imaginas...

CELSO. Qué.

YARIS: Que no venga. Que se le olvide. No debiste pagarle por adelantado.

CELSO: Vendrá.
YARIS: Sería divertido morir aquí, congelados.
CELSO: Sobre todo sería divertido para quien lo leyera en los periódicos.
YARIS: Eso es, a ver cómo explicaban esta pinta.

Pausa.

CELSO: Le dije que al atardecer.
YARIS: Ya es atardecer.
CELSO: Sí, pero el atardecer dura bastante.
YARIS: Cuánto.
CELSO: Lo suficiente.
YARIS: Lo suficiente para quedarse más tieso que un pingüino.
CELSO. Lo suficiente como para hacer lo que Ana nos pidió. Nos dijo: al atardecer.
YARIS: Sí, claro.

Pausa.

Asere.

CELSO: ¿Qué?
YARIS: ¿Has pensado alguna vez cómo quieres morirte?
CELSO: Joder, Yaris, olvida el tanatorio de una vez.
YARIS: No es el tanatorio, es el champán.
CELSO: ¿El champán te pone fúnebre?
YARIS: Y cachondo. A mí me gustaría morir quimbando.
CELSO: ¿Quimbando? (*YARIS se explica: mueve la pelvis.*) Toma, y a mí. Ya puestos.
YARIS: Los dos juntos.
CELSO: Estaría bien.
YARIS: Sería un polvo mortal.
CELSO. Sí.
YARIS: Pues como no venga el de la lancha, nos tendremos

que poner manos al asunto, aunque va a ser difícil mantener el equilibrio.

Beben. Pausa.

Estaba todo delicioso. Te ha salido mejor que nunca.

CELSO: He preparado el menú que ella había pensado, aunque lo fuera cambiando semana tras semana, viendo que tu gira parecía interminable.

YARIS: El primero que estaba loco por volver era yo.

CELSO: Habría muchas locas que no estaban dispuestas a dejarte volver.

YARIS: También. Y sin embargo, esta vez quería volver. Te lo juro.

CELSO: Lo sé.

YARIS: Algún año me tocará celebrar la Nochevieja cuando toque de verdad.

CELSO. Este año hubiera sido el perfecto. Era especial.

YARIS: Y tan especial.

CELSO: De todas formas el plan se está cumpliendo.

YARIS: Más o menos. Los tres, en Usuaia, celebrando la Nochevieja, aunque sea en febrero. *(Mira el frasco.)* ¿Eh, Anita? Te prometí que subiríamos juntos al pedrusco.

Pausa. Besa el frasco.

(Le habla al frasco.) Me quedé sin contarte lo de Esú, mi Orisá favorito. Te haré un resumen póstumo: entre otras muchas cosas vela por la sexualidad y la reencarnación, así que le pediré que se porte bien contigo y te convierta en un delfín, que además de pez es pájaro, es decir, maricón, y le gusta quimbar hasta hartarse.

CELSO: ¿Empezamos? A ver si al final llega la barca y no nos da tiempo.

YARIS: Perdona, pero se lo debía. Cuando quieras.

CELSO: Pásame a Ana.

YARIS: *(YARIS besa otra vez el pequeño recipiente de cristal y se lo pasa a CELSO, quien antes deja la botella de champán a sus pies.)* Toda tuya. Con mucho cuidado.

CELSO: *(Abre el frasco y deposita una parte de las cenizas de Ana sobre la palma de la mano de YARIS, quien enseguida la cierra con la otra mano. Después vierte la otra parte en su propia mano, con mucho cuidado, deposita el recipiente vacío junto a la botella, y tapa con la otra mano las cenizas.)*
Los dos a la vez.

Cierran los ojos, inspiran fuertemente y soplan sobre las cenizas.

Abren los ojos y contemplan cómo se esparcen lentamente sobre Usuaia.

Ya está aquí, donde nos dijo que quería quedarse.

Pausa.

YARIS: Ha sido como soplar las velas.

Pero no he pedido un deseo.

CELSO: Yo tampoco.

YARIS: En qué has pensado.

CELSO: En ella, volando. ¿Y tú?

YARIS: En ella, bailando en el aire.

Pausa.

Hubiera sido una bailarina fantástica. Cuando la sentí bailar por primera vez entendí que se pusiera tan pesada con lo de no perder las piernas aunque le costase la vida.

Pausa.

(Mira a CELSO.) Gracias, amor.

CELSO: ¿Por?

YARIS: Si no hubiera sido por ti nunca hubiera conocido a una mujer tan divina.

CELSO: Y con tan divina mala leche.

YARIS: La mala leche más divina del mundo.

Pausa. CELSO saca del bolsillo la carta que ANA le entregó, la abre.

¿Y eso? ¿Le escribiste unas palabras de despedida?

CELSO. Ella las escribió para nosotros. Para que las leyera cuando tocara.

YARIS: En Nochevieja.

CELSO: En la Nochevieja de febrero. *(Se coloca las gafas. Lee muy despacio, intentando que no se le quiebre la voz.)*

"Querida familia, cuando leáis estas líneas yo seré ya las migas de una tostada chamuscada revoloteando por la isla. Las escribí porque algo se me ha pegado de la puñetera brujería de la puñetera buelita de nuestro puñetero brother y sé que mi mulatico favorito no llegará a tiempo para celebrar la Nochevieja como Dios manda, si es que Dios manda algo todavía, y cuando vuelva a casa la única celebración para la que yo voy a estar, aunque sea la protagonista, me da que no me enteraré de nada.

Pero no importa, os juro que con vosotros todas las noches de estos meses han sido Nochebuenas y Nocheviejas a la vez, y eso que me llevo para siempre.

Os diré una cosa: llegué a pensar que lo del Sr. García podía tener solución. Vosotros hicisteis que hubiera tanta vida a mi alrededor que hasta llegué a creérmelo. La primera vez que puse un pie en tierra, sin que me doliera, pisé también sobre los sueños que había ido acumulando. Volvería a mis clases, haríamos un larguísimo viaje por todo el mundo, escribiría la novela de nuestras vidas cruzadas, bailaríamos y cantaríamos sin parar, viviríamos cada instante como si durara una vida, que es lo que puede durar cada instante si nos lo proponemos. Luego empezó la tos y con ella las medias verdades del Dr. Jeckyll. El primer día que me sonrió me dije: la has jodido, Anita, kaput, o sea, metástasis. Después empezaron a llegar solo los informes médicos que maquillaba Celso en su despacho y a no llegar los que me escondía en su maletín. Sé que lo hacíais con la mejor intención, como niños que se sienten padres y quieren ocultar lo irreparable, pero sois demasiado torpes para ocultar una verdad tan tremenda. Los bebés ya no llegan de París, pero el abuelo sigue yéndose de viaje cuando nos deja para siempre. La muerte todavía sigue siendo una mentira a la que nos cuesta plantarle cara.

Y si yo le he plantado cara durante muchos meses ha sido gracias a vosotros, he bailado con ella como si fuera una de esas bachatas que tanto me gustan. Gracias, Celso, por plantearme un disparate como el que me fuera a vivir con vosotros, todavía no sé cómo conseguiste convencerme de aquella locura tan

hermosa. A los dos os quedo eternamente agradecida. Eternamente, nunca mejor dicho, por haberme llenado de vida cuando esta se me escapaba. A los que no creen en el amor entre parejas y especialmente a los que se empeñan en ensuciar el amor entre homosexuales y lo tildan de enfermedad y hasta de locura, los invitaría a que compartieran un segundo de sus mezquinas vidas junto a vosotros. Ellos son los enfermos. Unos tristes enfermos.

Algunas de mis mejores malas pulgas se han quedado en vuestra casa, otras flotarán para siempre sobre Usuaia.

Vivid por mí lo que os quede, intensamente.

Y sabed que Usuaia permanecerá ahí, más allá del tiempo, junto a vosotros.

Os quiere.

La brother Anita."

Pausa.

CELSO y YARIS miran hacia el cielo violeta del último atardecer, mientras empieza a oírse, a lo lejos, el sonido de una barca que se acerca.

Septiembre 2011.